

***La pluma del
guacamayo***

Autor: Jorge A. Bergado

Premio

Concurso

“Tras las huellas de Cajal”

Tribunal

Mirta Yáñez

Nancy Alonso

Pedro Coto

Juan Ruiz

¡Quien mide su cerebro con el de la naturaleza, no le pide perdón de haberse creído su monarca!

José Martí

*La América, Nueva York febrero de 1884,
t. 8, pp. 432-433*

La transición fue súbita y temible. Horas llevaba el naturalista en medio de aquella floresta apacible, tan apacible que apenas se sentía fluir el tiempo, y de repente - surgiendo de la nada- el trueno del disparo y el pavor del tumulto.

Esperaba, buscaba, ansiaba un guacamayo, *Ara tricolor*. Le había tendido celadas en todos los bosques de la isla, pero jamás le había visto. Al menos vivo. Jamás había escuchado su alboroto de psitácida, jamás le había visto batir sus alas en vuelo, jamás encontrado su nidada y sus polluelos. Hoy había tenido una ¿visión? ¿Fugaz?

No.

Menos.

Una intuición, un presagio, una corazonada cuando más y, casi de seguro, una *fata morgana*, resultado infeliz de la combinación de un cerebro recalentado por meses de búsqueda infructuosa y tenaz, con el fresco silencio de aquella mañana, en aquella floresta, de aquel Camagüey. Había escuchado, o creído escuchar un aleteo, había visto o creído ver un bulto rojizo y alado allá por la imprecisa periferia de su retina. No era mucho, tal vez nada, pero suficiente. El naturalista montó guardia.

El sol le había calentado desde lo más alto pero ya volvía a bajar. Él había comido y bebido: pellizcos de pan, cubitos de queso, sorbos de agua. Había creado senderos de migas para las hormigas y observándolas en su infatigable acarreo distrajo su ocio. Horas esperó en silencio porque sabía que crepúsculo y amanecer son predilectos de las aves. Ya se acercaba el momento propicio, el ave retornaría a su dormitorio y la esperanza del naturalista crecía de minuto en segundo cuando sonó el primer disparo.

Un primer disparo que desgarró el equilibrio de la tarde, puso a volar a las aves y espantó, definitivamente, a cualquier guacamayo retornante. También llenó de

temor al naturalista porque después del primer disparo hubo un segundo, y un tercero y muchos más; una balacera graneada y amenazadoramente cercana.

Miró a su izquierda y pudo distinguir unos bultos humanos sigilosos, que se movían entre los árboles aproximándose a él. El humo de sus mosquetes denunciaba su vecindad creciente y las balas silbaban sobre su cabeza. Presuroso tomó su morral y reptó hacia su derecha, huyendo de los disparos de aquellas sombras, solo para descubrir, que también desde la diestra llegaban disparos.

Era una construcción cuadrangular de tablas de palmas en medio de un claro del monte que servía como hospital militar. El médico, su enfermero ayudante y los pocos enfermos que podían empuñar alguno de los pocos fusiles disponibles, resistían el ataque de las sombras disparando desde la atalaya techada. Una bala, disparada desde allí, quebró una rama, justo dos metros por encima del sombrero de yarey del naturalista.

El médico había velado, esperando el despertar del naturalista inconsciente.

El asalto había sido heroicamente repelido por su exigua pero corajuda tropa. Al cesar los disparos se abrió una pausa de incierta espera. ¿Se habrían marchado los asaltantes o continuarían merodeando para intentar un ataque nocturno? Con ojos ávidos escudriñaban la manigua que rodeaba la rústica instalación en busca de cualquier indicio que delatase la presencia del enemigo. Fue el negro Bastiano, el cocinero, quien llamó su atención sobre el cuerpo tendido entre los arbustos a unas 20 yardas del hospital. Difícil de ver a la exigua y decreciente luz de los crepúsculos tropicales.

Cuando cayó la noche, y en ausencia de señales que hicieran temer nuevos ataques, envió a su enfermero con dos hombres a recoger lo que suponía sería el cadáver de uno de los enemigos asaltantes.

Pero el caído no era cadáver, no todavía. Un hombre delgado, de unos sesenta años, de rostro curtido por el mucho sol y cabello rudo y cano, aturdido y apenas despertando del letargo de la contusión, pero vivo sin dudas, e ileso.

El médico tomó el morral que traía uno de sus asistentes y lo revisó concienzudamente. Un documento de identidad identificaba al contuso como

ciudadano de la Confederación Germana, nacido el 17 de julio de 1810 en Marburg an der Lahn, es decir, un alemán.

Hizo conducir al herido hacia el espacio cerrado al fondo de la construcción que hacía las veces de cuarto de curaciones y escritorio. Con cuidado lo tendieron sobre una parihuela cubierta con una sábana que las fuertes manos de la negra Nieves mantenían blanca e impoluta como su nombre.

Examinó el médico con profesional prolijidad el cuerpo del naturalista y no encontró en tórax, vientre o extremidades heridas, de bala o arma blanca, reciente o remota, que delataran al herido como combatiente. Solo un rasguño en la piel del cráneo sobre la región fronto-parietal derecha y un prominente abultamiento, consecuencia del edema subcutáneo, *vulgo* chichón, producido por el golpe de un objeto sólido. Indudablemente, el sombrero de yarey había amortiguado el impacto y reducido las posibles consecuencias negativas de la contusión. El herido comenzaba a despertar.

Finger?...y sol amarillo...viele Finger?...y la luz amarilla flotando en el techo...Wie viele Finger? y el farol en el techo, se fueron aclarando en la mente aún algo confusa del naturalista.

-Zwei- respondió sin vacilar.

-Wie viele Finger?- volvió a preguntar el médico.

-Eins- acertó de nuevo el naturalista.

-¿Habláis castellano?

-Si, hablo español.

-¿Podéis incorporaros? ¿Os sentís bien?

-Crrreo que si, perro, mejorr si me ayuda un poco- respondió el naturalista recalcando en las erres su origen germano.

Bastiano entró portando una jarra con agua que el médico había encargado. Observó curioso al naturalista sentado en la camilla y se detuvo en la contemplación del protuberante y ennegrecido chichón. Soltó un silbido y exclamó:

-¡Na' que náj. ¡Loj píritu ta'en la cabeza!

Sonrió el médico y despidió al sirviente. Ofreció un vaso de agua al lastimado naturalista y este bebió ávidamente.

-Debo haceros un interrogatorio señor. Os hemos hallado herido en medio de un combate y eso os hace sospechoso de ser parte o colaborar con el enemigo. ¿Qué hacías por estos lares?- preguntó acucioso, tomando un pliego de papel, pluma y tintero y colocándolos sobre la mesa.

Al naturalista le impresionó por sobre todo que a pesar de ser el galeno hombre joven y atlético, su cuerpo emaciado, ojos hundidos y rodeados de negras ojeras, delataban una salud agredida.

-¿Ha estado usted enfermo?-preguntó a su vez solícito el naturalista.

La contrapregunta sorprendió al médico.

-Si- respondió- disentería. No me adapto aún a este trópico inclemente.

-Es difícil. Lo sé.

-Gracias por vuestro interés, pero no habéis respondido a mi pregunta. ¿Que hacías hoy aquí?

-Buscaba un guacamayo.

-¡Un guacamayo?

-Si, comandante...

-Capitán.

-Si, capitán. Un guacamayo. Un ave maravillosa y espléndida. Una Psitaciforme enorme, roja, naranja y amarilla. Hace años no ha sido avistada en esta isla y se teme que se haya extinguido.

-¿Y por qué la buscabais aquí? ¿Sabéis que esta es zona de guerra? ¿Sabéis que para entrar en ella necesitáis un salvoconducto? ¿Tenéis un salvoconducto?

El naturalista bajó los ojos, como un escolar en falta y susurró:

-Lo pedí, pero me fue negado.

-Lo pedisteis y os fue negado. ¡Lo pedisteis y os fue negado!

-Soy europeo. Mi pasaporte está en el morral

-Si, ya lo he visto. Un pasaporte vencido. La Confederación Germana ya no existe. Ahora existe el Imperio Alemán. ¿No lo sabíais? Además, que seáis alemán no os exime de portar un salvoconducto para moveros en zona de guerra, y aquí, señor mío estamos en guerra.

- Lo se capitán, pero no he tenido tiempo. Para cambiar mi pasaporte tendría que ir a La Habana y he estado muy ocupado.

-¡Vive Dios! No tenéis un salvoconducto, ni tan siquiera un pasaporte válido, y así todo vinisteis hasta aquí, justo el día en que este hospital sería atacado, y debo creer que veníais a buscar un... ¡un papagayo!

-Un guacamayo, capitán.

-¡Me importa una nariz de que pájaro se trata!

-El guacamayo no es un pájaro.

-¡Lo sé, diantre, lo sé! Pero ahora no estoy para sutilezas ornitológicas. Y ahora mismo me vais explicar que relación tenéis con esos mambíes o mambises que asaltaron este hospital.

El naturalista se encogió más en la silla, pues sospechaba que su respuesta aumentaría las iras de joven capitán.

-Pudieron haber sido bandidos.

-¡Aja, bandidos! ¿Y no es acaso lo mismo?

-Creo que no.

-Creéis que no. ¿Y pudierais decirme cuál es la diferencia?- dijo el médico capitán con sorna.

-Los mambises pelean por su país, los bandidos solo por el botín. Aquí mismo en el Camagüey murió en combate hace un año uno de los cubanos más gallardos, abogado ilustre. El mayor Agramonte no era un bandido.

-Si, eso he oído- concedió algo molesto el joven oficial.-Hasta nuestros soldados recuerdan con admiración las hazañas y el pundonor de ese criollo. Pero no me negareis que hay muchos entre las filas insurrectas que se dedican al pillaje alegando que luchan por la libertad.

-Es cierto capitán, es cierto. Como cierto es que del lado de España también se cometen horrores. Hace apenas tres años fueron fusilados en La Habana ocho jóvenes, casi niños, estudiantes de medicina, acusados de profanar la tumba de un periodista español.

-Pero fueron juzgados y condenados y, por lo que sé, tuvieron un defensor admirable.

-Y tan admirable que rompió su espada avergonzado cuando el tribunal cedió a la presión y sed de venganza de los voluntarios y condenó a esa horrible pena a

ocho de los muchachos, escogidos por sorteo. ¡Uno de ellos ni siquiera estaba en La Habana el día de los hechos! ¡Qué horror!

Callaron los dos. La luz del farol atraía una muchedumbre de insectos deslumbrados que revoloteaban sobre los dos hombres hasta caer exhaustos sobre ellos o sobre la mesa.

Se puso de pie el capitán, descolgó el farol y lo trasladó a una esquina de la habitación. Hacía ya mucho que había dejado de escribir.

Cuando regresó al rústico taburete que le servía de asiento, apoyó los codos sobre la mesa, juntó las yemas de los dedos de cada mano, clavó la vista en el techo, y dijo:

-Cosa horrible es una guerra. Más una guerra fratricida como esta, porque aquí no pelean criollos contra peninsulares, pelean padres contra hijos. No sé porque no tratan los criollos de mejorar sus asuntos mediante la negociación y la reforma. El país progresa a pesar de todo y una guerra solo traerá destrucción, muerte y odio.

-No imagina capitán, cuanto coincido con usted. Yo aborrezco las guerras, pero no dejo de entender a los cubanos. Ese camino de negociación y reforma ya lo han intentado varias veces y siempre han sido desoídos e ignorados. Lamentablemente poco bueno puede decirse de la administración colonial. Cada funcionario viene a enriquecerse de cualquier forma. Cada pariente que llega de la península es un nuevo funcionario venial, por obra y gracia del nepotismo...Y en cuanto al progreso, es cierto que el azúcar ha traído la riqueza a algunas familias cubanas, pero a que precio capitán ¡a qué precio! No he visto en mi vida nada más abominable que la esclavitud. Así no quiero fortuna.

El capitán se mantenía en la misma posición, concentrado en sus pensamientos que se mezclaban y confundían con las palabras del naturalista. No miraba al techo, miraba al cielo.

No lo dijo, mas recordaba con dolor su corta pero triste experiencia en el trato con las autoridades de su país en esta lejana isla, y no podía menos que coincidir con la apreciación del alemán. Todos robaban, desde el oficial hasta el cocinero. Constantemente tenía que reclamar la falta de alimentos, medicinas, materiales, sábanas, jabón y de todo cuanto llegaba en las exiguas partidas, siempre en número y volumen inferior al referido en los despachos de carga.

Salió de su introspección, como quien regresa de un penoso viaje y ya más calmado, casi con afecto preguntó al naturalista:

-¿Entonces, a que os dedicáis? Por lo que decís intuyo que sois naturalista ¿no es cierto?

-Pues si que lo soy. Doctor *rerum naturalium* de la Universidad de Marburg.

-¿Y como llegasteis aquí? Quiero decir, a la isla.

-Tengo un amigo cubano. Estudió conmigo allá en Alemania. Me ofreció venir y no lo tuve que pensar. La Universidad costeó el viaje y mi amigo y su amante esposa atienden mis escasas necesidades. Con los ejemplares que diseco y envío a la colección de la universidad saldo mis deudas. Ya ve capitán, para usted tal vez este calor agobiante, estos insectos penetrantes y omnipresentes, estas miasmas infectas y estas gentes rudas e incultas sean algo así como el Infierno del Dante, pero para mi es el Paraíso.

Eran ahora los ojos del naturalista los que miraban al techo, o al cielo. Al hablar entraba en éxtasis.

-¡Ah, las cosas maravillosas que he encontrado aquí! ¿Imagina usted un ave tan pequeña como la yema su pulgar? Una avcilla delicada y frágil, pero que bate sus alas con una velocidad insuperada y puede sustentar su cuerpecillo inmóvil en el aire. ¡Y esa hazaña, esa proeza, la logra tomando como único alimento el delicado néctar de las flores! *Mellisuga helenae*, llamé a mi zonzuncito, en honor a Elena, la esposa de mi amigo y mecenas.

El capitán se levantó apresurado y se excusó con el naturalista.

-Debo revisar las guardias. No se descarta que intenten un nuevo ataque.

Poco después de salir entró un hombre. Vestía camisón de enfermo, pero era sin dudas un soldado enviado a vigilar al prisionero.

El naturalista sonrió. Era cortés el capitancillo, pero no descuidaba precauciones.

Tardó una media hora en regresar y lo hizo acompañado del cocinero Bastiano quien portaba dos platos de barro cargados de un oloroso cocido. El naturalista descubrió que tenía hambre. Apenas había probado unos mendrugos en todo el día. Colocó el moreno los platos sobre la mesa, y puso al lado de cada uno una rústica cuchara de metal. El naturalista notó cómo miraba el negro, de soslayo, a

la herida que adoloría su cabeza y sonrió recordando el comentario anterior del africano.

-¿Tenéis apetito?- preguntó el médico colocando una servilleta de tela sobre su chamarreta.

-Pues si.

-Buena señal. Comed entonces.

Atacaron ambos el cocido y lo hicieron en silencio hasta que el naturalista comentó:

-Ajiaco. Así llaman los cubanos a este cocido que es como ellos, un plato mestizo. Mezcla de carnes y viandas, mezcla de razas y culturas. Felicite a su cocinero. ¡Excelente!

- Si, muy nutritivo y sabroso- reconoció el médico.

-Y felicítelo también por su buen sentido al diagnosticar mi dolencia.

-¡Ja!- rió el médico-. ¿Qué dijo? Algo así como que teníais la cabeza llena de espíritus. Cosas del vudú. Bastiano es haitiano.

-No exactamente capitán. Dijo que el espíritu está en la cabeza, dentro de la cabeza, es decir, en el cerebro. Cosa muy cierta porque no quedan dudas de que es este órgano el asiento de eso que llamamos alma.

-¿No creéis en al alma inmortal, doctor?

Era la primera vez que el médico se refería al naturalista empleando ese título. Eso, y el tema que se abría al debate animaron al naturalista.

-Claro que creo en el alma, pero solo como producto y resultado de la acción de ese órgano fascinante que es el cerebro.

-¿Sois entonces ateo?

-Pues no capitán. Yo a Dios le veo todos los días. Le veo en las flores y las aves, en la brisa que refresca mi sudado cuerpo, en la lluvia que baña, bendice y fecunda la tierra. Lo que si no creo es que en su obra haya incluido espíritus y genios para habitar los cuerpos de sus criaturas. Dios es la naturaleza, capitán. Al menos ese es mi Dios.

-Entiendo vuestro panteísmo, doctor. No podría ser de otra manera en un naturalista apasionado como vosotros y creedme que comparto vuestra fascinación por el cerebro, órgano del cuál, lamentablemente sabemos aún muy

poco, y comparto también con usted la certeza de que es el funcionamiento de ese órgano la clave de todas las enfermedades de la *psyché* y de muchas del cuerpo. Coincido con usted...y con el negro Bastiano también, ¡ja, ja, ja!

Al amanecer envió el médico una pequeña partida de enfermos, ya de alta, de vuelta a su cuartel. Uno de ellos llegaría hasta las cercanías de Puerto Príncipe y a él encargó la custodia del naturalista.

-Dejadle marchar cuando vuestros caminos diverjan. Es un hombre de bien.

La tropilla se puso en marcha. El naturalista tomó su morral y extendió su mano grande y ruda al médico. La estrechó este con su mano delgada y nerviosa.

-Idos con Dios, doctor, pero tened cuidado. No os arriesguéis innecesariamente, que no hay papagayo que valga tanto.

-Guacamayo, capitán. Y créame que si lo vale. ¿Para qué se vive si no? No obstante, gracias por su consejo, sus cuidados y no olvide que *loj pirritús están dentro cabeza*.

-¡Oh, no, eso jamás lo olvidaré!

Rieron ambos alborozados y en medio de su júbilo el estrechón de manos se convirtió en abrazo.

El sol se levantaba por el oriente y bañaba de luz roja, naranja y amarilla a las nubes en el cielo y pintaba sus reflejos sobre la blanca camisa del naturalista que se alejaba.

“Cómo las plumas del papa...guacamayo” pensó el médico con una sonrisa.

Había entregado al soldado que acompañaría al naturalista un documento de su puño y letra que, confiaba, le evitaría contratiempos y sospechas, al menos hasta llegar a la ciudad.

Decía:

Del: Jefe del Hospital Militar de Vista Hermosa

A: quien pueda interesar

El portador de este documento Doctor Juan Cristóbal Gundlach, ciudadano del Imperio Alemán, ha sido autorizado por el oficial abajo firmante para realizar prospección científica en el territorio bajo mi mando.

Solicito asimismo, protección y salvoconducto para él, de cualquier tropa con la que pueda encontrarse, garantizándole protección y traslado seguro hasta la ciudad del Puerto del Príncipe.

Firmado: Capt^l Médico Santiago Ramón

El naturalista regresó al Occidente con su mecenas y amigo. En 1875 tomó por bueno el consejo del médico y se fue a admirar la naturaleza de Puerto Rico, pero volvió, como siempre, a Cuba. En 1892 vendió al gobierno colonial su extensa y esmerada colección zoológica, con la única condición de que jamás se dispersaran las piezas y que él sería su curador hasta su muerte. El dinero que obtuvo, 8000 pesos oro, lo dio integro a la necesitada familia Diago-Cárdenas, a quienes tantos cuidados debía y a quienes tanto afecto procesaba.

El médico enfermó de paludismo y fue licenciado y enviado a España un año después de estos hechos con diagnóstico de caquexia palúdica grave y en la condición de “inutilizado en campaña”. Con el dinero que a duras penas y mediante soborno logró recuperar de sus emolumentos al servicio del ejército español compró su primer microscopio y micrótopo; herramientas con las cuales descubriría el Sistema Nervioso y se convertiría en Doctor, laureado y admirado.

En la esquina de Oficios y Muralla en La Habana Vieja hay un pequeño parque. En uno de sus cuadrantes se yergue el rostro del naturalista, con el cuerpo formado por bloques cuadrangulares impregnados de bajorelieves de zanzuncos, lagartos y caracoles y toda la fauna por él descubierta. No hay ningún guacamayo. Frente a él, cruzando la calle, un hogar de ancianos anuncia en la tarja que adorna su entrada el nombre con que se honra: Al Dr. Santiago Ramón y Cajal (1852-1934) Homenaje a su memoria, 8 Nov. 1998. Así se miran, o miran al cielo, eternamente los dos hombres. De día el ambiente es agitado. Los niños juegan pelota en el parque y la algarabía se torna a veces atronadora, pero de noche, el ambiente es apacible y manso.

Un escritor ya anciano, huésped de la institución caritativa, padece de insomnios y pasa largas horas contemplando el parque sombrío desde el ventanal de la casona. Jura que algunas noches tarja y estatua se hablan en susurros y ríen cómo espectros benignos cuando mencionan una frase: *el espíritu está en la*

cabeza. Escribió un cuento en el que narra el hipotético encuentro entre los dos hombres, pero son chifladuras de demente que no hay que tomar en serio. Gundlach y Cajal coincidieron en Cuba, pero jamás se vieron.

¿O sí?